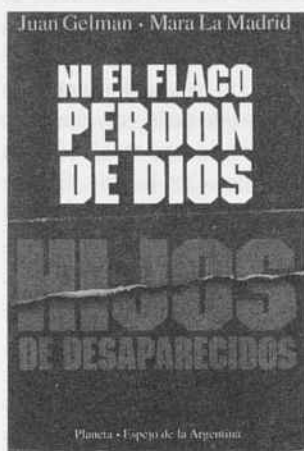


## Las heridas abiertas de Argentina



**D**ESDE HACE DOS AÑOS, nuevas voces vienen a unirse a las de las famosas Madres y Abuelas de la Plaza de Mayo, esas mujeres ejemplares que, desde hace veinte años, reivindican sin cesar su derecho a la verdad sobre la desaparición y asesinato de sus hijos o nietos. Esas nuevas voces son las de HIJOS (Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio). Son los hijos de los desaparecidos, sobrevivientes a veces por milagro, testigos algunos de la muerte de sus padres, otros devueltos a sus familias por los militares, a veces preservados gracias a una ausencia casual o una estadía en casa de familiares. Esas voces acaban de ser reunidas en un libro extraño, *Ni el flaco perdón de Dios*, en el que testimonio, autobiografía, análisis político se confunden, por el gran poeta argentino Juan Gelman y la psicoanalista Mara La Madrid. Ambos, el poeta y la psicoanalista, son mudos intermediarios que intentan ayudarles a mostrar lo que no se puede ver, a decir lo indecible. Ambos indican sin ambigüedad el valor necesario de la palabra como terapia y como recreación. Estos hijos de desaparecidos tienen hoy en día entre 17 y 30 años. Tratan de contar su historia, de poner su vida en palabras, de decirse para alcanzar una forma legítima de existencia. Sus voces están enmarcadas por una serie de artículos «técnicos», en los cuales periodistas, economistas, psicoanalistas, militantes de diversas asociaciones y sobrevivientes de los campos de concentración tratan de iluminar las tinieblas de la historia desde diferentes perspectivas analíticas. Pero son sobre todo los testimonios autobiográficos los que hacen de este libro particular una experiencia alucinante, conmovedora y necesaria. Tanto más cuanto que la tentativa puede parecer, en primera instancia, condenada al fracaso.

Todo relato de la propia vida es tanto una búsqueda identitaria como una aspiración a construir una identidad ideal. Toda identidad es una encrucijada de legados: el que recibimos, el que dejaremos; el de la genealogía, el de la proyección. ¿Cómo contarse entonces cuando las amarras que deberían ligarnos al mundo, la raíz inmediata, no es, y cuando todo parece sugerir que nunca ha sido? El itinerario de todos esos jóvenes es a la vez similar y profundamente personal, pero todos han hecho frente al mismo

vacío inicial: al hueco de un cuerpo que no ha dejado restos -pero ha dejado huellas-, que no tiene un lugar donde reposar. Al pozo de un silencio que ha durado demasiado tiempo, a las preguntas que nunca hallaron respuesta, al velo púdico o mentiroso de las ficciones que se han producido para rodearlos. Están obligados a buscarse, y para buscarse hay que buscarlos. Saben que detrás de esas siluetas fantomáticas hay a menudo una muerte horrible, pero también una muerte heroica. En el mejor de los casos les han dicho que "se los llevaron", o que "los militares se los llevaron". Han pasado la infancia esperando un imposible retorno, porque no existía ninguna prueba de la muerte que cada uno podía adivinar, y porque el amor prefiere siempre -el de los padres, el de los hijos- nutrirse de ilusiones. Pero siempre les faltó la explicación, la explicitación, el por qué y el para qué. Incluso aquellos a quienes no se les ha ocultado la verdad han llevado con ellos esa tara sin atenuantes de no poder decirlo ¿Cómo saber si eran verdaderamente los combatientes de la libertad que algunos abuelos o amigos han descrito, o si eran esos terroristas sanguinarios de los que hablaban los medios de información, los discursos, las memorias de los que sí podían hablar?

Frente a la multiplicación de imágenes contradictorias: terrorista vivo, mal padre que se ha ido con otra mujer; idealista ingenuo manipulado por profesionales de la subversión, prisionero recluido en un campo de trabajo en la lejana Patagonia, los hijos se pierden. Frente a la ficción de la muerte natural, o al escamoteo de la muerte sacrificial, están obligados a "blandir los cadáveres de sus padres como estandartes" para que la sociedad acepte mirarlos y mirarse. Quizás la torsión de la sintaxis sea el primer síntoma de esa búsqueda: al tratar de restablecer la verdad sobre las relaciones de fuerza, dejarán de decir "mi padre está desaparecido", para decir "lo desaparecieron". Pero los padres siguen estando allí, ni vivos ni muertos, y un día hay que acabar con esa espera sin objeto sin fin, hay que comprender que una imagen no puede morir, y darle una sustancia, hacer de ella una persona viva para, luego, hacer el duelo. Se trata de "ir armándolos por pedacitos", de ir al encuentro de lo real en lugar de adherir a la ficción del no saber, o bien a todas aquellas que se han creado para, con el pretexto de protegerlos, condenarlos a la reproducción del vacío. Porque, cuando llegó la edad de hacer

preguntas -cito una de las "voces" que entretejen el texto- "todo el mundo tenía una historia, pero nadie tenía la verdad". Buscarlos implica reivindicarlos, prolongarlos. A menudo, recuperar sus valores o sus sueños. No imitarlos, no encamarlos; conocerlos. Buscarlos significa recorrer un itinerario iniciático que se asemeja a un calvario, ya que sigue las huellas de la pasión que llevan a la muerte, pero también a la resurrección.

Pero antes de alcanzar ese estadio, están todas las pérdidas, simbólicas y literales, consecutivas a aquella primera y sin remedio, de los padres: la pérdida de la memoria, la amnesia -María Laura, detenida a los cuatro años con su madre y testigo de las torturas que le infligieran, no recupera la memoria sino a los veinte años-; la pérdida de la voz, la mudez -"Cuando lo matan a papá, no lo veo más, sufre un traumatismo psicológico y dejo de hablar. Estuve muda un año y medio"-, la pérdida de la razón, que es lo que está fundamentalmente en juego en este proceso, en la medida en que confunde todos los referentes, transgrede todas las prohibiciones, y consagra la derrota del pensamiento.

Extraviados en ese laberinto en el que se mezclan las ficciones legalizadas y las verdades inverosímiles, sólo les queda la palabra para abrirse camino hacia la luz. Porque el silencio ha sido tan opresivo como la dictadura, hay que romperlo. Porque a veces se los ha enterrado bajo las iniciales NN, hay que recuperar su humanidad, recuperar la posibilidad de no llamarlos más desaparecidos, sino Juan, Ramón, María, Anahí, Pili... Pero encontrar el cuerpo pone a prueba otros mecanismos simbólicos, otras culpabilidades. "Yo sentía que si lo enterraba, era yo quien lo mataba", dice María Laura. Los hijos no podrán asumir esta verdad sino cuando toda la sociedad esté en condiciones de asumir su parte de responsabilidad en la tragedia nacional. Para Hebe Bonafini, presidenta de la asociación Madres de Plaza de Mayo: "Lo que pensamos es que no hay que reconocer la muerte. Ellos los mataron y ellos tienen que decirlo. Es por eso que ponemos todo el tiempo vida en la muerte".

Las familias se hallan así obligadas a tomar una decisión desgarradora: o reconocen que están muertos, y en ese caso, participan simbólicamente en el asesinato, o no lo reconocen, y son cómplices de la

impostura que los pretende desaparecidos. Sólo la reparación, es decir la condena moral de la sociedad en su totalidad, y la justicia, es decir la sanción, podrán deshacer ese nudo de impotencia. "Cuando la sociedad se acuerde, nosotros podremos olvidar" dice Adriana Calvo, sobreviviente de los campos de concentración. Todo se juega en ese espacio simbólico que se sitúa entre el olvido institucionalizado por la ley - la amnistía- y la resistencia, la voluntad sacramental de decir.

No es imposible que esos hijos recobren un día la identidad violada, robada, que se les ha negado durante tanto tiempo. La voluntad que demuestran, la fuerza necesaria para desenterrar muertos anónimos y malditos con el fin de enterrar personas redimidas por su nombre y sus convicciones, el descubrimiento de un ideal sepultado, todo ello restablecerá quizás un orden diferente del de los simulacros que les han mostrado. Nadie puede decir si vencerán la perversión que se ha encarnizado con ellos. Pero en el momento del balance, no serán las únicas víctimas. La lógica destructora de los asesinos habrá causado estragos allí donde no se los había previsto. Hoy, los psicoanalistas argentinos reciben cada vez con más frecuencia a otros hijos, que no son huérfanos, sino hijos e hijas legítimos de militares, pero que no lo creen. Y que se preguntan si no son ellos también hijos de desaparecidos adoptados por los torturadores. Las Madres de la Plaza de Mayo no reciben solamente a los hijos de militantes revolucionarios que tratan de restituir los últimos días de la vida de sus padres; reciben también, y cada vez más, a hijos de militares que quieren saber si sus padres eran torturadores. A los primeros tratan de responderles recurriendo a los archivos de testimonios, a los segundos dándoles acceso a las listas establecidas por la Asociación. A todos les dicen la verdad, aun aquella que no quieren oír. En ese lugar, se está revirtiendo la dinámica destructora de las ficciones que han abusado de los argentinos. En ese lugar, una generación sin culpa paga una deuda que no es la suya. Y por primera vez desde el momento de los hechos, los de un bando y los del otro se encuentran reunidos por el mismo temor, sometidos a los mismos estragos. Aunque bien es posible que el signo de la vergüenza se haya, desde entonces, desplazado al otro campo.

Las Madres de la Plaza de Mayo han dicho, para explicar la toma de conciencia política que las desapariciones habían provocado en ellas: "Hemos sido paridas por nuestros hijos". Los miembros de HIJOS están a su vez tratando de dar un nuevo nacimiento a sus padres. La lógica de la filiación está pues completamente invertida, y con ella el orden de la creación. El tiempo fuera del tiempo en el que se desdibujan los desaparecidos altera el ritmo de las generaciones: los hijos son más viejos que los padres, las madres sobreviven a los hijos. Unos y otros son custodios de la memoria y encarnan hoy día la conciencia de una sociedad que no ha cesado de mentirse. Estamos aún lejos del duelo. El justo discurso intransigente de las Madres, cuando reclaman que los responsables digan que ellos los han matado, a todos y a cada uno, y cómo lo han hecho, "es como la aparición del fantasma, es el aparecido mismo, ni vivo ni muerto, que retorna incesantemente como alma en pena". El duelo no será posible sino cuando el Otro diga la verdad. Pero el Otro no la dirá. ¿Cómo continuar? ¿Cómo salir de la trampa de la obsesión y producir un horizonte de futuro? Como a menudo en Argentina, es el psicoanalista el que mejor formula las resonancias simbólicas del momento. Según Gilou García Reinoso, "La desaparición en un proceso que apunta a destruir el núcleo más fuerte de la constitución subjetiva [...] atentando a lo que más profundamente sostiene al sujeto humano en el orden simbólico. La «desaparición» apunta a hacer desaparecer la muerte, como sostén de la vida, en tanto humana [...] Hay que responsabilizar y sancionar a los culpables. Si no, habrá que atenerse a las consecuencias, a la amenaza de que lo no simbolizado retorne en lo real. Entonces es necesario que alguien rehuse todo reconocimiento de una muerte que haría nuevamente desaparecer la desaparición".

Estas reflexiones despiertan, lo sé, muchos ecos. De la Shoah a Rwanda, pasando por Argelia, de la colaboración y la deportación a los desaparecidos, la memoria flaquea, la sociedad finge olvidar. Frente a lo innombrable, a la negación, a los verdugos, no tenemos respuesta, no más hoy que ayer. Federico, hijo de un abogado desaparecido el 10 de enero de 1977, se plantea -nos plantea- todas esas preguntas: "Estos dos últimos meses que estuve investigando encontré un dato que dice que mi padre está enterrado en Magdalena como NN. ¿Qué hacer con eso ?

¿Tratar de desenterrarlo? ¿Tratar de devolverle la identidad a esos huesos? ¿A esos huesos mutilados que son más que miles de palabras? ¿La poesía basta? ¿La palabra basta? ¿Qué es lo que basta para sentir un reparo? ¿Hay respuestas colectivas para seguir vi-  
viendo? ¿Si las hay, están ausentes? ¿Son acaso pe-

queñas señales de humo? ¿Pequeños indicios fuerte-  
mente hostigados? La respuesta está en cada uno de  
nosotros.

María A. Semilla Durán  
Universidad de Lumière Lyon 2